

Cincuenta años de soledad en compañía de Gabriel García Márquez

«En literatura hay cosas que son verdad, aunque nunca ocurrieron»

ELIE WIESEL, *Legends of our Time*, 1968

Gabriel García Márquez escribió *Cien años de soledad* en dieciocho meses, durante los cuales Mercedes, su mujer, se las arregló como pudo para mantener la casa y la familia. Inicialmente intentó publicar la novela en la editorial catalana Seix Barral, pero la rechazaron. Entonces entró en escena Francisco Porrúa, director de Editorial Sudamericana, que había leído obras anteriores de García Márquez y quería reeditarlas. Como el escritor colombiano tenía compromisos adquiridos con otras casas editoras ofreció a Porrúa la novela que estaba escribiendo: *Cien años de soledad*. El editor recibió el manuscrito por correo, en dos partes, porque el autor no tenía dinero para enviarlo completo. La obra se publicó en Buenos Aires, el 5 de junio de 1967, y la primera edición se agotó en pocas semanas. Hoy se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo y la historia de Macondo se ha traducido a 35 idiomas.

La novela es un magnífico ejemplo del denominado «realismo mágico», un movimiento literario latinoamericano de la década de 1960, al que pertenecen autores como Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Uslar Pietri, Carlos Fuentes, Ítalo Calvino, Jorge Luis Borges, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar. El movimiento procuraba mostrar lo mágico como algo ordinario, mientras dotaba a hechos rigurosamente ciertos de un halo fantástico. El resultado es que lo cotidiano adopta cierto aire de irrealidad mientras que lo mágico adquiere visos de realismo. Los lectores acogieron con agrado esta

nueva forma de narrar, que dio lugar al denominado *boom* de la novela latinoamericana.

El relato de la historia de Macondo cumple cincuenta años este mes de junio. Seguramente haya más conocedores en el mundo de los sucesos que marcaron la evolución de este lugar ficticio, que de los hitos del Imperio romano o de la Revolución rusa. El secreto de su éxito: un evocador soporte narrativo que da vida a los personajes de ficción de la saga de los Buendía y relata, sin reparos ni rubores, fragmentos reales de la historia de Colombia. Lo que Gabriel García Márquez denominara en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura «el esquivo espíritu de la poesía», desvela un original plano de la realidad. Su prosa tiene un innegable atractivo para los lectores, que acaban presa del triste encanto de la historia de los Buendía y del mundo imaginado para ellos por su creador.

Un clásico

Cien años de soledad se ha convertido en un clásico de la literatura, pues cumple el requisito que, según Azorín, debe tener toda obra que aspire a la categoría de clásico: nos vemos reflejados en ella. La novela, como todo buen cuento, es una experiencia que hay que vivir, identificándonos, no con los personajes, sino con la situación en la que se encuentran. La historia de Macondo y de los Buendía es el relato de un declive y una degeneración irreversibles, que al expresar sentimientos y valores de hondo arraigo, consigue suspender el tiempo entre las generaciones. Los clásicos son lo que la esfera pública ha salvado de las ruinas del tiempo, y, como afirmó el escritor Ítalo Calvino, expresan ideas y sentimientos tan humanos, que ejercen una influencia particular sobre el inconsciente individual y colectivo. Los clásicos, en definitiva, nos permiten redefinirnos a nivel social y personal, o, en palabras del propio Gabriel García Márquez: «La vida no es como uno la vivió, sino como uno la recuerda para contarla».

Por ajeno y esperpéntico que pueda resultar el escenario en el que se desenvuelve la trama de *Cien años de soledad*, los sentimientos atemporales de los que se hace eco y el humor y la desmesura de las situaciones, nos ofrecen una experiencia vívida y dinámica, similar a la que experimenta un lector del *Quijote*. La enorme capacidad

evocadora del lenguaje poético de García Márquez dota al libro de textura y le permite recrearse en todo un universo simbólico de tipo borgiano: otro de los elementos que explican su calidad de clásico.

La soledad

Cuando el periodista Plinio Apuleyo Mendoza preguntó al autor por el tema de la novela, éste respondió lo obvio: la soledad. Hablamos de una soledad profunda, existencial, que acompaña a personajes y lectores de la primera escena a la última. La imagen con la que empieza la novela: el coronel Aureliano Buendía recordando ante el pelotón de fusilamiento el día en que su padre lo llevó a conocer el hielo, y la escena final, que narra la muerte del último de los Buendía, arrastrado por un huracán junto a Macondo, evocan la más perfecta de las soledades. Todos y cada uno de los personajes del libro intentan escapar a su solitario sino de las formas más diversas, hasta que acaban aceptándolo como su destino providencial. En *El olor de la guayaba*, García Márquez define la soledad como la antítesis de la solidaridad, y afirma que los Buendía viven vidas solitarias por su incapacidad de amar. El amor es difícil, continúa, porque «es una relación recíproca, larga y cocida a fuego lento». Cree que «no hay mayor desgracia humana que la incapacidad para el amor, no solo para el que la padece, sino para todos los que tengan la desgracia de pasar por dentro de su órbita». La soledad descrita en la novela es una carencia, un vórtice oscuro que sólo puede obviarse estableciendo lazos duraderos. Los cien años de soledad de los Buendía y de Macondo son una maldición. Todos los protagonistas del relato añaden su granito de arena en la lucha contra esta condena, intentando, sin lograrlo, establecer vínculos que no se lleve el viento. Como señalara el propio García Márquez, «Macondo, más que un lugar del mundo, es un estado de ánimo».

El aspecto mítico

Uno de los secretos del éxito del libro probablemente sea la fusión que logra el autor entre la vertiente poética del relato y la formulación mítica de sus principales hitos. Se trata de una mitología «de andar

por casa», inspirada en esos mitos y leyendas que contaba la abuela de Gabriel y pasaron a formar parte de la infancia de García Márquez de forma muy natural. Es una mitología que entrevera fantasía y realidad, creando un plano existencial peculiar en el que creencias, miedos y pasiones adquieren a menudo un halo fantasmagórico. Como demuestra *Cien años de soledad*, el mito no es algo que esté más allá de la realidad, es el marco y contexto de todo pensar. En la Antigüedad, los mitos los cantaban los poetas, que no expresaban conocimientos exclusivos sino el acervo común; su arte consistía en hacer «cantar» a su lengua materna y explotar sus recursos y ambigüedades usando las mismas palabras que el resto. Hoy, la literatura sitúa al mito en su contexto histórico, permitiéndonos relacionar entre sí relatos que plasman situaciones similares, con las que estamos familiarizados. Así, la fundación de Macondo adquiere evidentes ecos bíblicos cuando leemos que sus fundadores dismantelan sus casas y parten con sus mujeres e hijos hacia «la tierra que *nadie* les había prometido», vagando errantes, como los israelitas, antes de asentarse. La lejanía del pasado mítico de la fundación se expresa aludiendo a la inexistencia del habla. Macondo nace cuando «el mundo era tan reciente que las cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Elementos básicos con una gran carga simbólica y poética, como el agua, el viento, o las flores, aparecen recurrentemente, permitiendo al lector establecer una conexión entre el mundo simbólico de la novela y todo el acervo mítico de su propia cultura. Cuando lo logra se convierte en coprotagonista del relato: en un habitante más de Macondo.

Cien años

Parte importante de la seducción que ejerce la novela sobre el lector es su manejo del plano temporal. García Márquez se instala en un tiempo cíclico, basado en la repetición de situaciones, que refleja una percepción del paso del tiempo centrada en el devenir de las estaciones del año y de los ciclos reproductivos de los seres vivos. En *Cien años de soledad* el tiempo es un elemento denso, que crea un infierno muy peculiar de repeticiones infinitas. Úrsula, la matriarca, comenta: «Esto ya me lo sé de memoria [...] es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio». Otra de las protagonis-

tas, Pilar Ternera, afirma que «la historia de la familia Buendía es un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje»; hay mucho de ritual en estas repeticiones que desgastan el tiempo a medida que se acerca el cumplimiento de la profecía de los cien años, pues «la historia de la familia había sido escrita [...] hasta en sus detalles más triviales con cien años de antelación». El círculo del siglo se cierra cuando el último de los Buendía descifra los manuscritos que narran la historia de la familia. Como bien ha señalado el escritor Mario Vargas Llosa, «en el momento en el que las piezas encajan, la novela [y Macondo] se desintegra»; el eco de este final desolador reverbera en la cabeza del lector mucho tiempo después de haber cerrado el libro.

La ironía

Pese a la crudeza de algunas escenas y caracteres o a la desazón y desesperanza que viven sus protagonistas, una de las principales características de *Cien años de soledad* es la clave de humor en la que está escrita. Si la base mitológica nos acerca al texto, la ironía marca distancias, genera cierta confusión, aunque también dota al relato de profundidad, distendiendo la atmósfera opresiva en la que se sumerge el lector. El humor es un rasgo omnipresente en la novela. No se expresa en luctuosas bromas aquí o allá: el texto destila una ironía pura, que condensa los peores temores y mata las mejores esperanzas de los protagonistas del relato. Pero la risa también cumple una importante función social: fomenta la comunicación, relaja el ambiente y fortalece la cohesión fijando límites que refuerzan el espíritu de grupo. Lo más difícil de captar en una cultura extranjera es su humor: en cierto sentido quizá constituya su esencia. En *Cien años de soledad*, el humor nos saca del sustrato emocional en el que nos sumerge el tiempo cíclico, casi hipnótico, del mito, pues la ironía es una especie de conciencia extrema, un espejo que nos devuelve el eco de nuestra propia voz. El ironista habla con seriedad de las cosas pequeñas y bromea acerca de las grandes, lo pone todo patas arriba volviendo a formular preguntas mal formuladas; hace reír, pero desencadena la risa para congelarla. La ironía es un fragmento de razón enmascarada que muestra

problemas donde no los veíamos, señalando contradicciones entre los valores que decimos defender y aquellos con arreglo a los cuales vivimos nuestra vida cotidiana. En un mundo como el nuestro, transido por la falta de coherencia, la ironía que impregna el relato de Gabriel García Márquez es una buena razón para apreciarlo.

El ángel de la historia

Puede que el final de la novela sea uno de sus puntos más fuertes. La magnífica técnica poética de García Márquez adquiere tintes épicos, y mientras «el viento sopla fuera de la casa llena de voces del pasado, del murmullo de los geranios antiguos, y la potencia ciclónica de la arremetida del viento arranca los quicios de puertas y ventanas, descuajando el techo de la galería oriental y desarraigando los cimientos», el último retoño de la saga de los Buendía comprende al fin, que «las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra». Como afirma el propio García Márquez en *El olor de la guayaba*, esta línea final convierte a «la historia de los Buendía y a la de América Latina en una suma de esfuerzos desmesurados e inútiles y de dramas condenados de antemano al olvido», quizá por la incapacidad de amar de los protagonistas, de establecer vínculos duraderos que eviten la repetición *ad infinitum* de los mismos errores y horrores.

Dicen nuestros sabios, que para detener esta danza ritual incesante que bailamos en solitario, se precisan comunicación y la capacidad de establecer vínculos duraderos. Pero en la llamada «era de la comunicación», al parecer los seres humanos estamos más solos que nunca. Cuando en 2011, preguntaron al sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman por el futuro de la solidaridad, nos describió como «solitarios constantemente conectados». Como miembro de la muchedumbre, cada cual se siente unido a otros para manifestarse y gritar los mismos eslóganes. Pero este tipo de pertenencia y esa suerte de conexión no generan comunicación ni paliar la soledad: ese hueco oscuro que, como en Macondo, también constituye la maldición de los tiempos modernos. ■